



TID LOS PEDROCHES

APRENDIENDO A DEBATIR

Ser orador

Por Miguel Ángel Cabrera



Convertirse en orador no es fácil. Es algo que requiere una técnica y un aprendizaje, disponer de unos saberes y un fuerte deseo de transmitir. Es también un arte y exige cierta sensibilidad y gusto. Tiene igualmente una mecánica con sus instrumentos y sus trucos y habilidades. Produce efectos que hay que experimentar antes en uno mismo y causa estados insospechados que es preciso manejar y dominar.

Llegar a ser orador es una experiencia completísima y enriquecedora: abre la mente, abre el corazón, libera, ensancha, une, enriquece, atempera el pensamiento, relativiza las ideas, empatiza, acerca a lo diferente.

Sólo no puede aspirar a ser orador aquel que no sabe escuchar. Un orador que no siente el latido de su auditorio fracasará siempre.

El buen orador se coloca en la piel del oyente. Conversa con él, habla de él, busca para él. Y, de vez cuando, enmudece súbitamente y deja que el silencio llegue allí donde el mismo orador no puede para poder expresar así lo imposible: lo inefable, ese lugar invisible donde dos almas se aquietan, comprenden y entrelazan.

Eso es transmitir, conectar, comunicar. Y eso no ocurre a menudo ni con facilidad. Hay que trabajar mucho y con constancia. Más aunque sea difícil llegar al discurso perfecto, el mismo esfuerzo que hayamos derrochado en intentarlo, nos pondrá ya a las puertas del éxito, si hemos sabido mostrar con verdad y sentimiento sinceros el eje de nuestros argumentos.

Leer, o no leer, esa es la cuestión.

A montar en bicicleta se aprende montando en bicicleta.

A hablar en público se aprende hablando en público.

Ergo todos pueden ser oradores. Sólo hay un requisito imprescindible: tener alguien que escuche. Ese alguien se denomina público, audiencia, auditorio. El público no tiene papel, es mudo, su función es escuchar. Pero si el público no escucha, el orador fracasa.

El orador y el ciclista no nacen: se hacen. Hablando y pedaleando, errando y cayéndose, reparando errores y levantándose una y mil veces. Algún ciclista conseguirá ganar el Tour una vez (o cinco como Induráin), pero la mayoría somos felices paseando en bici con amigos en un día soleado.

Tras la lectura de unas sugerencias de Dale Carnegie que hemos publicado en esta página web, irremediablemente surge la duda. ¿Leer el discurso o no leerlo? Esto es cómo decir: ¿quieres aprender a montar en bici, con patines, casco, rodilleras, coderas... o quieres ganar el tour? Esta es la cuestión.

Nosotros, desde esta página, os animamos a comenzar por el principio y que cada uno llegue -según sus intereses y posibilidades- allí donde quiera o pueda o le apetezca. Tan saludable es pedalear en el parque como ser el primero en coronar el Alpe d'Huez. Tan gratificante es comunicar mi verdad escrita en un papel, leyendo el texto o declamándolo tras haberlo memorizado o exponiéndolo públicamente sin protección y sin ningún tipo de apoyo, a tumba abierta.

Esta es la elección. Este es el camino. ¿Quieres, como con la bicicleta, aprender a ser orador, algo que no olvidarás mientras vivas?

¿Quieres ser feliz? Tú mismo. Sé tú mismo.